DOMINGO XX DURANTE EL AÑO-B-SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

El evangelio de San Lucas nos presenta el episodio de la visita de la Virgen María a su prima Sta Isabel. Ubicamos el texto. María había recibido ya el anuncio del Ángel Gabriel, por lo tanto estaba ya embarazada de Jesús. Isabel estaba ya en su sexto mes de embarazo y María, al enterarse, se pone rápidamente en camino. Según la Tradición, la casa de Zacarías e Isabel quedaba en Ain Karim, una ciudad montañosa a 7 km de Jerusalén. María y José vivían en Nazareth y el recorrido desde esta ciudad hasta la casa de Isabel sería de unos 140 km de distancia. Si hoy se hiciera este recorrido en auto, se hace en casi dos horas o menos. Pero caminando serían unas 30 horas. Hay dos rutas para llegar: una es cercana a la costa, que es la que hoy se usa para llegar a esta ciudad. Y la otra es por las montañas, que es un poco más corta. Sea cual sea la ruta, María tenía que hacer un largo recorrido, aún con el riesgo que implicaba este trayecto, donde, como decía la parábola del buen samaritano, los ladrones se escondían para asaltar a los viajeros. No tenemos en los evangelios cómo hizo María este viaje, con quién viajó, etc, etc. Sólo sabemos que fue de prisa. Este “ir de prisa” a la montaña, no significa ir en forma acelerada. Este ir de prisa es el dinamismo de la entrega a Dios que no se hace esperar. El “Sí” de María es concreto, no se adormece ni se estanca: sale de sí misma, de su casa, de su tierra, de su familia. Rescato de María esta capacidad de dejar lo suyo para encaminarse a dónde hay una necesidad y la disposición del corazón para dejar los planes personales. En realidad no es Ella quien se pone en camino, sino que es atraída por el mismo Dios. Es tan fuerte la atracción que no puede hacer otra cosa más que dejarse atraer.

Tanto María como su prima tienen un mismo comunicador: el Ángel. Ambas reciben casi un mismo mensaje: concebirás un hijo. Uno será el mayor de todos los profetas (Juan el Precursor) y el otro, el mismo Hijo de Dios. No sólo las une un vínculo familiar, sino también la importante misión de los hijos: el profeta y el Mesías. La madre del profeta y la Madre del Mesías comparten una alegría inmensa: estar al servicio de los planes de Dios. Ambas son sorprendidas por un embarazo que no esperaban, pero ambas lo asumirían con alegría y con total confianza en Dios.

Juan saltó de gozo en el seno de Isabel al escuchar el saludo de María. Este es el primer anuncio del profeta: es un anuncio sin palabras pero que su madre Isabel comunicará. Isabel interpreta este anuncio del hijo y lo da a conocer. La voz de María es también la voz de Jesús, que por medio de Ella se exterioriza con gozo.

La alegría es el común denominador de todo este episodio: no hay lugar para la tristeza. Todo es gozo; todo es un cántico de alabanza al Padre. “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”, dirá Isabel. Y María responderá con su cántico: el Magnificat. Un cántico totalmente bíblico que María lo hace suyo para alabar a Dios que ha hecho en Ella grandes cosas. Las palabras de María no son suyas: Ella lleva a Jesús en su vientre, por lo tanto, su cántico es Palabra de Dios. Es el Hijo de Dios que habla por medio de Ella. Es esto el Magnificat: la Palabra del Hijo de Dios que se exterioriza por la voz de María. Como decía San Pablo, “ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí”. Es esta la experiencia de María. Este cántico expresa la alegría de sentirse llamada por Dios pero a la vez, enumera la situación concreta de la vida: donde hay soberbios, poderosos, hambrientos, ricos. Ella se coloca como servidora, como esclava de Dios; no se proclama a sí misma la Madre del Salvador. Su vida es escondida, silenciosa, no llama la atención de nadie. Sólo su prima Isabel la proclamará “bendita entre todas las mujeres”.

El cántico de María es el momento en el que más habla María. Después vendrán algunas poquísimas frases: “tu padre y yo te buscábamos angustiados”; “no tienen vino”, y “hagan todo lo que Él les diga”. El resto son gestos y actitudes. Ella sabe que es Dios quien debe hablar, no Ella. María escucha y guarda todo en su corazón.

María no sólo va a ayudar a su prima; no sólo va de visita; Ella va a proclamar la grandeza del Señor que sólo se hace visible en la humildad de su servidora.